

El excelente periodista Robert Cusin, uno de los principales redactores del periódico L'«Aurore» de París y con quien este cronista trabó este verano muy buena amistad, tuvo conmigo la gentileza de enviarme un ejemplar de la edición en la que publicaba sus impresiones sobre la Costa Brava a tenor de su estancia en nuestra ciudad.

Otros asuntos, cuya actualidad no admitía la menor demora, nos privaron hasta hoy del espacio, extenso espacio que muy justamente se merecen la mayoría de los puntos de vista expuestos por Robert Cusin.

La «Xauxa» del turista. — En el fondo — comienza diciendo el articulista — uno es siempre el americano de alguien. El turista francés que en Bélgica, Suiza, Escandinavia o en los Estados Unidos se ve obligado a lle-

7 DIAS PESCADORES DE CAÑA

Aquellos pescadores de caña, estaban a sus anchas. Sentados comodamente en enormes y mullidos butacones, entre sorbos de coñac, café y bocanadas de humo, hablaban detalladamente de cañas, carretes y demás enseres empleados en el noble deporte de la pesca con caña.

Doña Eduvigis, en el centro de la reunión, seguía atenta la conversación de aquellos señores, produciéndole en su interior una sensación rara y desagradable.

En la hora y media que duraba la charla, habían abundado destacadas actuaciones caña en ristre, con fuertes picadas y espectaculares roturas de hilo y caña. Los dentones y doradas de ocho kilos y pico, eran pescados con tal profusión que daba gusto oír.

Mientras tanto aquella primitiva sensación que doña Eduvigis notara, evolucionaba hacia un indefinido malestar.

En aquella tertulia, el tira y afloja enervante, acababa siempre con la pesca de un descomunal robalo o enorme atún. Los besugos se izaban fácilmente y las langostas, de medio kilo picaban el anzuelo como si tal cosa.

Con franco malestar, doña Eduvigis interrumpió la conversación de aquellos experimentados pescadores y haciendo uso de la palabra, habló de esta suerte:

— Todo esto que oigo contar, dijo, al lado de lo que me pasó a mí, nada de extraordinario tiene.

Los reunidos, miraron con extrañeza a la dama, se la dearon un poco y dispusieron a escucharla atentamente.

— Yo — continuó doña Eduvigis — una vez fui a pescar a la escollera del puerto. Escogí un buen sitio y después, de poner a punto todos mis enseres, lancé el anzuelo. Al recuperar el hilo para dejarlo tenso, como quiera que notase cierta resistencia, tiré fuerte y saqué fuera del agua una hermosa alfombra de comedor.

Los oyentes tosieron discretamente, cruzando entre sí significativas miradas.

— Puse sebo — contó muy seria — i tan pronto el anzuelo llegó al fondo, noté de nuevo fuerte resistencia. Volví a tirar con energía, pescando esta vez una gran mesa escritorio.

Los componentes de la reunión, un poco escamados, se removieron incómodos.

— Repetí la operación — prosiguió la dama con naturalidad — y esta vez saqué un armario. Luego siguió una cama completa y así continué sacando muebles hasta que en cierto momento no hubo manera de hacer seguir el anzuelo. Una sirena apareció en la superficie: con una mano asía fuertemente el hilo de mi caña y con la otra me amenazaba, acusándome de desvalijar su casa.

Los pescadores, un poco desconcertados ante la seriedad de la señora, sonrieron por pura fórmula de urbanidad.

Doña Eduvigis se levantó; saludó cortesmente y disimulando su jolgorio abandonó la estancia.

Ya no notaba aquella sensación de malestar.

LLIF ODALL

anconora

SAN FELIU DE GUIXOLS

15 DE NOVIEMBRE DE 1951

ROBERT CUSIN, EN «L'AURORE» DE PARÍS

Noticias de la Costa Brava

var una vida de medio vagabundo, es al contrario un verdadero rey en España.

Y ello por la sencilla razón de que con 1000 francos diarios uno puede alojarse en los mejores hoteles; porque con 7000 uno puede comprarse una gabardina que en París le cuesta tres veces más y porque con 10.000 francos se compra un

traje de pura lana que un sastre deja completamente terminado en menos de quince días.

Anoten pues, mis queridos lectores, cómo el turismo no es solo la vianda que se come. Como vamos exportando gabardinas y otras piezas, sin licencia de exportador y con los portes y embalajes a cargo del cliente. Y, sobretodo, que nadie diga, por favor, que el turismo no le afecta. Ya que aparte de cobrar nuestros arbitrios y servicios con divisas de postin ¿han calculado ustedes los tapones que se mandan en países donde luego el turismo acude y allí descorcha sus botellas?

Medio millón de franceses...., calcula mi amigo galo que habrán visitado España en el año que terminamos. Yo creo — continúa diciendo — que esa emigración en masa hacia el país vecino será el fenómeno social número uno de las vacaciones 1951. Desde el mes de Mayo fué preciso hacer cola ante la puerta de los Consulados españoles en Francia con el único fin de obtener un visado, el cuál si bien siempre fué logrado sin la menor dificultad, lo que si resultaba difícil era poder llegar hasta la ventanilla.

Y hay que remarcar todavía que hubiesen sido muchas más las personas que se habrían desplazado a la Costa Brava y a las Baleares si, como en la inmensa mayoría de las playas españolas, los hoteleros no se hubieran visto obligados a contestar negativamente — y en ciertos casos ya, desde el mes de Enero — a las demandas de alojamiento que diariamente recibían.

Con lo que llegamos nuevamente a la conclusión de que es mucho todavía lo que debe andar la Costa Brava en este aspecto, si tanto en cantidad receptiva, como en calidad manifiesta, intentamos algún día asemejarnos de verdad a las realidades que jalonan nuestras islas mediterráneas o a nuestras más distinguidas playas atlánticas y cantábricas. Que vivimos todavía en muchos casos de prestado, con hospedajes de transeúntes encalados al mismo estilo de las más viejas fachadas. Cosa que

no quita que al facturar los servicios salga la cuenta del gran capitán a cobrarles — digo yo — los derechos devengados por el disfrute de un paisaje que, para colmo, lo afeamos de vez en cuando en los casos, cada día más contados, en que el canda-lo lo deja libre.

Como vive Mr. Dupon — Con mucha facilidad — nos dice el reportaje — el francés en vacaciones se ha adaptado a la vida española.

Mr. Dupon se levanta a las once. Desayuna de café, por cierto bastante malo, y de pan tostado con mermelada. Después toma el baño acostumbrado y luego su vermut a la sombra de los pinos. Alrededor de las tres, come copiosamente, para pasar a descansar hasta las cinco y media, hora en la que, a veces, va a disfrutar de otro baño. A las nueve otro vermut y seguidamente viene la cena.

Por la noche, Mr. Dupon va a darse una vuelta por la Rambla donde tocan sardanas. Magnífica danza — añade el articulista — aunque de pasos muy traidores. A simple vista la sardana parece una cosa muy infantil ¡pero ay del parisien o bordelés que tiene el atrevimiento de meterse en ella!

Mr. Dupon, como la inmensa mayoría de Dupons, vienen por ahí para escuchar unas seguidillas y se encuentran — como confiesa Mr. Cusin — que «Mademoiselle de Paris» y «Les feuilles mortes» sonaban este verano en todas las esquinas.

Turistas y futbolistas — Bajo marcados titulares, el periodista asegura a sus compatriotas que por aquí a nadie metemos en la cárcel por el hecho de llevar un traje de baño a dos piezas. ¿Por qué — escribió este verano un rotativo barcelonés al que Mr. Cusin se refiere — vienen a visitar nuestros santuarios vestidos de futbolista?

La verdad es — añade luego — que sentí muy de veras que algunos turistas se dejaran llevar como se llevan en sitios donde el schort no es correcto, los mismos que nunca tendrían el atrevimiento de exhibirlo al entrar en Notre-Dame.

Sintoniz

Como todo el mundo sabe, Inglaterra organizó el año 1948 los Juegos Olímpicos, y para los próximos, en Helsinki, Gran Bretaña, gracias a los beneficios que le proporcionó la Olimpiada, que se cifran en unas treinta mil libras, pensó muy fundadamente, que por primera vez, podría presentar un gran equipo. Pero, ¡gran paradoja! a los cuatro años de su celebración, la Oficina de Impuestos ha presentado a la Asociación Olímpica Británica, una factura de quince mil libras, correspondiente al impuesto sobre los beneficios, y ya tenemos a la Gran Bretaña preparada con los mejores entusiasmos para los futuros Juegos Olímpicos, que tendrá que emprender una gran campaña para hacerse con los fondos necesarios para pagar los gastos de los atletas.

Inglaterra necesita algo más de 30.000 libras para enviar un equipo completo a la capital de Finlandia, y si no consigue el dinero necesario por mediación de una suscripción pública, no podrán acudir todos los atletas, lamentándose Lord Burghley, Presidente de la Asociación Olímpica, de que sus sueños de grandes triunfos han recibido un tremendo golpe con la petición de los recaudadores.

Por otra parte, el Comité Organizador de los próximos Juegos Olímpicos, ha anunciado ya, que debido a dificultades económicas, las medallas para premiar el esfuerzo de los campeones, habrán de ser de plata con un baño de oro, en vez del auténtico preciado mineral amarillo, con que se venía haciendo hasta ahora.

¿Cuanto destinan los Estados cada día, para otros menesteres menos dignos de tenerse en cuenta?

Entristece ver que se labora febrilmente para la destrucción, restringiéndose las disponibilidades económicas en favor de uno de los mejores conductores de la paz: el deporte.

GOL

Cuestión, pues, de regular las cosas.

El turismo y la política. — En unos momentos como los actuales — escribe textualmente el articulista — en los que es tan urgente hacer la Europa y por ende unir a esos pueblos del oeste en los que la manera de vivir y la cultura son tan iguales, el contacto de 500.000 franceses con el pueblo español habrá resultado un hecho digno de ser apreciado.

Ve por donde y a las muchas perspectivas de su natural belleza, se añade ahora a la Costa Brava la gran bondad de su misión pacificadora. — **Equis**